

“SOROLLA, CON ANECDOTA”

Escribe: LUIS NAVARRO

1961, Velásquez. 1962, Berruguete. 1963, Sorolla. De la plenitud de la sombra a la plenitud de la luz. Centenarios, es decir: obra con categoría intemperal. Los nombres son el reclamo de las Epocas y sus corrientes; la obra solo tiene un fiador incontrovertible: El Tiempo. El Tiempo en la memoria de los hombres. Como posiblemente muchos de ustedes, amables lectores, no puedo menos de confesar la intensa tentación que ejerce para mí el año 2000 de nuestra era, cuando se confisquen o exneren los bienes intelectuales de nuestro siglo prodigioso. A lo mejor tendremos entonces que confirmar lo que ahora pensamos, que los fuegos de artificio son constelaciones que mueren al nacer...

Joaquín Sorolla y Bastida que fue brillante pirotécnico de la pintura española a principios de siglo, a un centenar de años de su nacimiento logra, por de pronto, impresionar nuestra retina con su obra “a pleno sol”. Esto no es demasiado, pero es bastante. El Casón del Buen Retiro de Madrid, después del tricentenario de Velásquez y del cuatricentenario de Berruguete, acoge al más joven centenario de los buenos artistas de España. Una sola centena para el

pintor Sorolla que equivale a los 82 años de Picasso o a los 81 de Vázquez Díaz, vivos.

De padre de origen vasco y madre valenciana nace Sorolla en Valencia —“la ciudad de la luz”, no “*cité lumière*”— el 27 de febrero de 1863. Familia de modestos menestrales que imaginan para los hijos “lo que se pueda”, al menos otro escaloncillo social. Joaquín, huérfano de padre y madre a los dos años, es recogido por su tío y empieza a estudiar en la Escuela Normal de Valencia y pronto comparte estos estudios con los de dibujo en la Escuela de Artesanos, al mismo tiempo que ayuda en la fragua del jefe de familia. Para todos es el “Chimet”, diminutivo en dialecto valenciano de Chimo”, Joaquín. Y el 28 de septiembre de 1879 entra en la Escuela de San Carlos, donde, a los 16 años, gana el primer premio de su carrera artística: una caja de pinturas. Desde aquí hasta la “*tournée*” triunfal por Estados Unidos, en el cenit de su vigor creador y en la apoteosis de la fama que le reportan algunos centenares de miles de dólares y le abren las puertas de la Casa Blanca hasta el sillón del Presidente Taft, su trayectoria es como la de tantos otros artistas en cual-

quier parte y en cualquier tiempo: exposición colectiva de post-graduado, exposiciones regionales, nacionales, y luego los "handicaps" de fronteras que es donde acaba la carrera horizontal del artista. Después llega, o no llega, todo lo demás. Los premios, los galardones, las distinciones honoríficas resultan siempre garantías estimables en la vida del arte, pero —ustedes lo saben— casi nunca en el valor del arte. Las frentes que han dado y dan auténtico movimiento al progreso material y espiritual de la vida del hombre no son las ceñidas con laurel, aunque después de muertos soporten resignadamente la corona vegetal sobre su efigie.

En la labor de creación humana yo distingo dos tipos perfectamente identificables y deslindables en perspectiva histórica: el hacedor y el creador. Este produce por dimensión y ejecuta fatalmente, por "imperativo categórico" diría Kant: aquel produce por acumulación y ejecuta virtualmente, por capacidad de hacer, no de crear. El hacedor adorna, pule, renueva el engranaje de la máquina humana; el creador cambia las velocidades, descubre otros movimientos, inaugura ciclos diferentes, a veces sin romper nada... (Sí, lo dijo Wilde, "la rosa es así, no la toques"). No es creador el que haga el círculo cuadrado sino el que haga el círculo a su manera).

Sorolla es un pintor laureado en las exposiciones nacionales de bellas artes de Madrid, en la Universidad de París de 1900, en Roma, pero no es Sorolla todavía. Falta el contraste de valor que *individualice* su obra. La pintura española sigue la postura post-romántica de los neo-clasicistas franceses, David, Gerard, Proudhon, con temática histórica de empalago sen-

timental. Sorolla cumple estrictamente los compromisos a que le obliga su dependencia de becado —su lienzo "El 2 de mayo" es un recuerdo de ese tiempo inicial y comprometido— y cuando los demás —sus maestros, sus compañeros, el público— se embriagan gozosamente por los rincones sensibleros de la escena histórica, él se separa. Apaga las baterías y abre la puerta. Ahí está: El sol. Ahora, con el sol en las manos echa una mirada atrás y con humildad interroga a los que han pintado antes que él: Berruguete, Ribera, Velásquez, Carreño, Goya, Fortuny... ¡Ah!

Sí, pero esto ya lo están haciendo en París y él lo ha visto. No es Sorolla todavía. Falta el contraste de valor que *personalice* su obra. ¿Quién es Sorolla? Un pintor impresionista. Ya hay una manera de individualizarlo con margen determinante y sube los primeros escalones en la carrera vertical del arte. La técnica madura, el pulso seguro, la mirada precisa, pero... hay que leer la firma. Son sus cuatro años en Roma y la experiencia de París.

Entonces sorprende el litoral levantino en límpida estampa de oros y azules, las carnes contra la luz, las pieles en penumbra sobre la dorada arena, la plenitud del mar —el inefable Mediterráneo— y la dinámica plasticidad de las escenas cotidianas, ordinarias o festivas, del pueblo. ¿Naturalismo? ¿Arte social? Todo eso, si así se llama, pero además una peculiar forma de ver y de expresar "naturalmente" la luz, el movimiento, las formas y las atmósferas en un recinto plástico. El encuadre óptico de la costa valenciana le ha atraído al principio como encanto natural, paisaje y gente a guisa de

retrato familiar amable y tierno, pero la escena y el episodio —“anécdota”— en tal lugar y a tal hora no han sido más que las apoyaturas visuales del artista, el laboratorio donde experimenta fórmulas de colores, ecuaciones de ritmos y de formas.

El resultado es feliz. Sus soluciones se llaman: “Sol de la tarde”, “La vuelta de la pesca”, “¡Aún dicen que el pescado es caro!”, “La bendición de la barca”, “Cosiendo la vela”, “Verano”... Pinceladas vigorosas de palpitante luz donde la mano del artista conjuga con sabiduría y talento el juego nervioso del dibujo con la intensidad cromática. Pintura de rápido sesgo y decantada expresión. Manchas, líneas, vertientes de color donde se acumula la pasta o se diluye en transparencias, zonas de sombra, de penumbra, en el espacio fundamental de la luz... En este punto, a esta altura de la obra del artista, el crítico calla, tiene que callar porque su función termina al comenzar la del panegirista o el poeta. Ya no es necesario saber a qué corriente pertenece el artista, cuáles son sus preocupaciones estéticas, qué intereses predominan en su creación artística. Es... Sorolla; todo lo demás, incluso la firma, sobra por añadidura.

Cuenta Bernardino de Pantorba, el mejor conocedor de la obra de Sorolla, que cuando el artista realizaba el retrato de Alfonso XIII en el Palacio de La Granja se hacían algunos comentarios impertinentes sobre el tratamiento de la obra: demasiados colores y efectos de luz, libertades expresivas, etc., etc. Alguien dijo: “No sé si Sorolla llegará a hacer aquí un buen retrato del Rey... Lo único que se es que él está pintando “un Sorolla”...”.

¿Qué más? Hay muy buenos artistas para cuyo reconocimiento es imprescindible la firma sobre la obra o el rótulo explicativo. Su gloria dura pero no perdura. Las generaciones los olvidan y el tiempo acaba por ignorarlos.

Hay otros, mejores o peores, cuya obra, como los buenos vinos, gana cuerpo a medida que se amontonan los años y pasan las generaciones. En los museos como en cualquier polvoriento desván su “marca” inconfundible se enfrenta a las escuelas y a los siglos. Su gloria es la gloria de su personalidad, que es lo que permanece cuando se pierden las galas brillantes del éxito. Es lo que Sorolla nos hace evidente a la distancia de un siglo de su nacimiento y en un instante en que la doctrina plástica vigente no es, ni mucho menos, favorable a su causa.